

Las andanzas de Cela en Cebreros

Una novela inédita de Félix de González.

EN el café del Cartujo era donde más nos veíamos -recuerda don Óscar-, sobre todo en la terraza. Hay muchas anécdotas que contar de allí, pero, joven, le repito, tiene usted un montón de información para su libro, tanta, que no necesitaba acudir a mí para que le instruyera... No exagere, don Óscar -me muestro falsamente humilde-, son cuatro cosillas sin sustancia que he ido recopilando de mis encuentros fortuitos con algunos de los que le trataron, como aquel día que me topé con el sobrino del Cartujo y me contó que una vez acompañó al señor notario a casa de Cela, que se encontraba enfermo en la cama con cuarenta de fiebre.

Al parecer, el señor Antonio era, además de notario, redactor de la agencia EFE, y de ahí le venía su amistad con Cela. Como el señor notario sólo despachaba en Cebreros uno o dos días por semana, no se había enterado de que Cela estaba muy enfermo en la cama, y cuando se lo dijo el sobrino del Cartujo, se fue rápidamente con él a interesarse por su estado de salud:

-¿Qué tal estás Camilo? -se preocupó el notario, chaqueta beige impecable, corbata color ceniza.

-Nada -se quejó Cela, sacando un poco la cabeza por encima de la sábana-, que estoy hecho un verdadero asco, esquelético, de color amarillo verdoso y con cuarenta de fiebre.

-Pero, ¿qué tienes? -se inquietó el notario.

-Ya ves, tengo la enfermedad del caballo, la «epizootia de glosopeda» -juró Cela convencido.

-¡Hostia! ¿Qué dices, Camilo? -se alarmó el señor notario.

-Pues, sí, aquí donde me ves -confirmó Cela-, y todo para ganarme el difícil garbanzo de la autarquía y la cartilla de racionamiento.

El notario y su joven acompañante se miraron sin decir nada, mientras Cela trataba de recuperar a duras penas una cuartilla escrita con letra floreada y de trazados gordos y finos que tenía sobre la cama. En ese momento apareció con una sopa el gran César González Ruano que venía de ayudar a Charo en la cocina.

-Os presento a mi amigo César, por si no le conocéis, que me echa de menos y se ha ofrecido a escribirme un artículo... Luego dirán por ahí que tuve negros -bromeó Cela, sintiéndose un poco mejor al oler la sopa.

-¿Y eso, Camilo? -se sonrió el señor notario, mirando a César González Ruano.

-Pues, nada -se explicó Cela-,

que estoy intentando dictarle una historia porque me duelen más las ciento cincuenta pesetas que voy a perder que los cuarenta de fiebre, ¡pero que no me sale! Ni siquiera puedo sostener la pluma.

-No te preocupes don Álvaro -le tranquilizó Ruano, dejando la sopa sobre la mesilla de noche-,

que tenía una letra inglesa que era una divinidad, fue el que perdió a la pobre Celedonia...

-Pero, ¡oye!, estás hablando de mí -descubrió Cela.

-Sí, don Camilo -corroboró el sobrino de Cartujo-, que tiene usted letra inglesa.

-Bueno -reconoció Ruano, son-

duciendo a las mujeres honradas, y que además no respetaba nada y tenía ideas disolventes...

-¡Y dale con sacarme en el cuento! -volvió a censurarle Cela, incorporándose en la cama para tomar la sopa.

-Calla, no me desconcentres: Un masonazo como una casa es lo que tú eres -le predice su tía doña Trinidad Domínguez, presidenta del C. de C.C. de O.D. (Centro de Calzoncillos y Camisetas de Obreros Descarriados)-, un libertino medio pagano que te irás de cabeza a la caldera.

-Oye, César, ¿de verdad que escribo así? -empezó a gustarle a Cela, saboreando la sopa.

-Pues no, señora, tía Trinidad. Yo ya sé por qué dice usted todo eso: por lo de la Celedonia, ¿verdad? Pues sepa usted que la Celedonia no es más que un mico que han querido meterme; pero, ¡sí, sí!, ¡a mí con ésas! Mire usted, tía, cómo será la cosa, que el loro de do-

«NO, LO QUE TE DIGO -SE IMAGINÓ
CELA-, QUE AL FINAL TENDRÉ NEGROS»

que mientras se calentaba la sopa te he escrito algo que me ha quedado muy celiano; no sé si será artículo o cuento, pero lo que sí sé es que el director de La Tarde ni se enteró.

-¡No, lo que te digo -se imaginó Cela-, que al final tendré negros!

-Escucha, a ver qué te parece -se sacó Ruano un papel del bolsillo de la chaqueta-: Crisantito, el del

bar, que tenía una letra inglesa que era una divinidad, fue el que perdió a la pobre Celedonia...
-Pero, ¡oye!, estás hablando de mí -descubrió Cela.
-Sí, don Camilo -corroboró el sobrino de Cartujo-, que tiene usted letra inglesa.
-Bueno -reconoció Ruano, son-



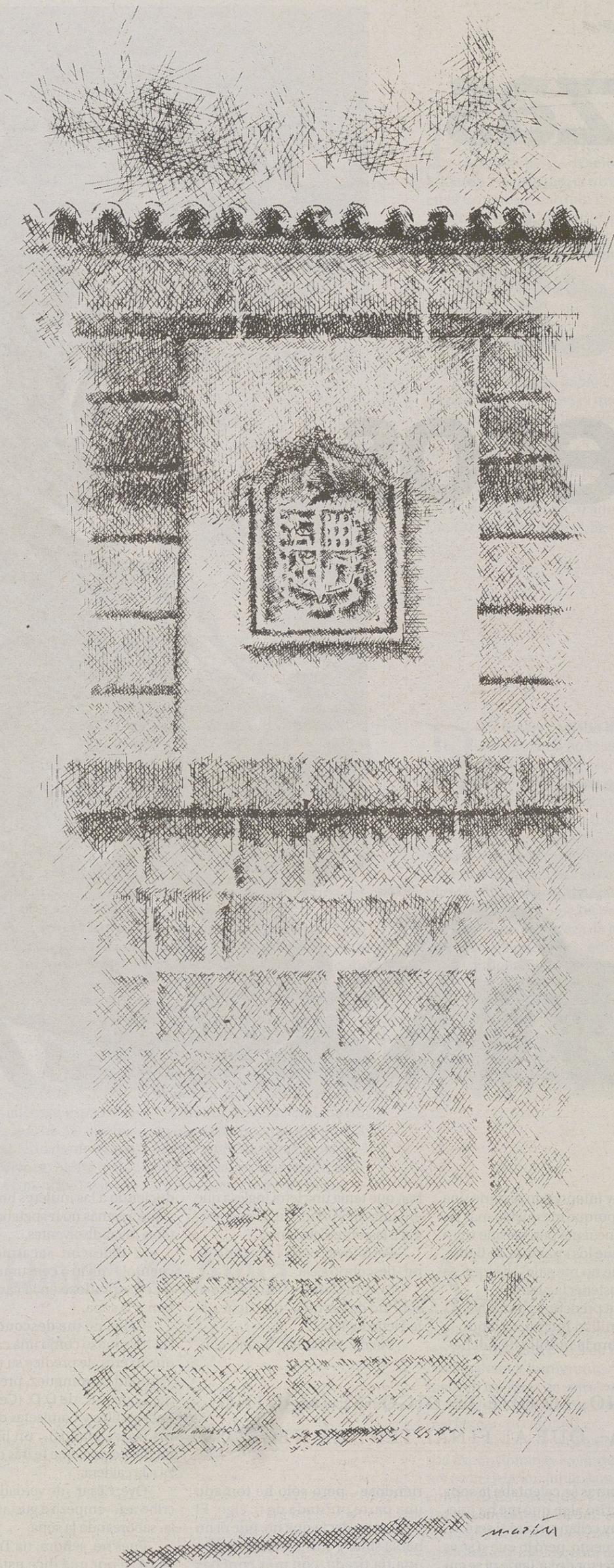


Ilustración: Marín García.

ña Sonsoles, que siempre fue un loro muy fino y muy correcto, lo que se llama un loro muy de derechas, se pasa el día gritando: enseñame las cachas, Celedonia. ¿Qué dice usted ahora?

-Está bien, César -se conformó Cela al terminar de leer su amigo-, con tal de no perder las ciento cincuenta pesetas de mi colaboración...

-Bueno, pero, ¿te gusta o no? -quiso González Ruano que contestara sinceramente.

-No estoy seguro de que cuele -dudó Cela-. Víctor no es tan tonto como para eso.

-Te digo que Víctor ni se entera -le aseguró Ruano-. Yo mismo se lo llevaré de tus partes.

-Está bien, pero no comparto la paga -se negó Cela, terminando de sorber la sopa.

-Ya te lo cobraré en especie -le previno González Ruano-. Ahora, tómate bien la sopa, que si no se va a enfadar Charo, y déjame terminar mi obra maestra.

Antes de marcharse, don Antonio el notario, alabó el cuento de César González Ruano y quiso desearle a Cela una pronta recuperación:

-Camilo, que te mejores de tus fiebres amarillas.

-Eso espero, don Antonio -le agradeció-. Si salgo de ésta, que ningún médico entienda, vivire para contarlo.

El sobrino de Cartujo también quiso desearle una pronta recuperación, pero no le salieron las palabras y se despidió con una sonrisa. En eso, Cela, se dirigió a él:

-¡Joven!, ¿podrías hacerme un favor?, -y dejó caer un brazo por fuera de la cama.

-Sí, claro, lo que usted mande, don Camilo.

-Mira, mi hermano Jorge va a venir a verme por primera vez a Cebrenos y llega en el autobús de la tarde. Como no sabe dónde vivo, me gustaría que le indicases el camino.

El joven miró al notario buscando su aprobación. Después soltó:

-Está bien, lo haré. Pero no sé quién es -y se palmeó las piernas.

Camilo ocultó otra vez el brazo entre las sábanas y respiró hondo varias veces.

-No es difícil, joven. Lo reconocerá usted de inmediato. Únicamente fijese en la cabeza de los que bajan del autobús: ¡mi hermano tiene también cara de caballo!

Es verdad -me dirijo a don Óscar con falsa modestia-, que he recopilado bastante información, aunque a mí me parece que apporto muy poco, apenas son anécdotas graciosas, sin relevancia. No sea usted humilde, joven -me anima-, que se peca tanto por exceso como por defecto. Siga usted esa línea que se ha trazado y verá cómo consigue buenos frutos. Y mientras don Óscar continúa hablando, observo a doña Pepita impaciente por el poste; y agacho la cabeza y como, pensando que quizá don Óscar tenga razón. Si hallara la manera de tratar todo lo que he recopilado, puede que consiguiera una historia redon-

da, con fundamento. Sólo tengo que acudir otra vez a mis paisanos y anotar todo lo que me cuenten, por baladí que parezca. Mientras oigo hablar a lo lejos a don Óscar, reconstruyo en mi mente la escena que tuvo lugar en el café Madrid entre mi abuelo Francisco y Eugenio el Cartujo, que mi padre me había contado muy orgulloso y que yo apenas le había dado importancia, con la idea de aprovecharla también para mi novela. Esa tarde, mi abuelo Francisco (el de la bandurria y la guitarra, que trataba mucho con Cela porque siempre coincidían en las bodegas, uno bebiendo y de oyente, y el otro tocando y de protagonista), fue al café del Cartujo y se encontró a Cela solo, concentrado en su cuartilla.

-Hombre, Quico, qué haces tú por aquí, a estas horas de la tarde -se alegró Cela de verlo.

El abuelo Francisco se dirigió al rincón del fondo a la izquierda del café Madrid, junto a la ventana donde escribía Cela, y tomó una silla.

-Sí, Francisco, ¿cómo tú a estas horas? -le preguntó el Cartujo sin mirar, con un tonillo sospechoso de inquina, y pasando la bayeta

EL ABUELO FRANCISCO SE DIRIGIÓ AL RINCÓN DEL FONDO DEL CAFÉ MADRID, JUNTO A LA VENTANA DONDE ESCRIBÍA CELA

por el mostrador de madera.

-Vengo de llevar unos sacos de cemento pa el Burguillo. ¡Qué pasa! -afirmó, pendenciero.

El abuelo Francisco levantó la mano, tratando de llamar la atención del Cartujo, que se hacía el tonto.

-Oye, Eugenio, tráeme un café bien cargao, que no he dormido naa hoy -le ordenó.

-A qué te dedicas, Quico -se interesó Cela, sin dejar de escribir-. Yo pensaba que vivías de la guitarra.

En eso Eugenio, que llevaba el café rebosante, derramándose por los bordes, soltó una carcajada irónica y maliciosa.

-Tengo un Saurio y soy mecánico -volvió la cara con orgullo hacia Cartujo-. Yo fui el que llevó el primer saco de cemento pa construir la presa de El Burguillo.

El Cartujo apartó un poco el bloc de notas que había sobre el velador de mármol y le sirvió el café al abuelo Francisco con un ligero desprecio, mientras Cela permanecía atento a su cuartilla, ajeno a los roces entre los dos amigos y recorriendo con la mano izquierda el INRI esculpido por la parte de atrás de su velador de mármol. El Cartujo se retiró unos metros, simulando que colocaba las sillas en su sitio, y el abuelo Francisco y Cela se miraron para iniciar conversación. Al momento, el Cartujo se paró y se volvió de nuevo hacia el abuelo.

-Oye, Francisco, entonces ¿hay trato o no? -le cortó de golpe con la bayeta de la mano.

-Te he dicho mil veces que no me interesa, coño -y golpeó sobre el mármol, derramando el poco café que quedaba en la taza-. No pienso tocar la guitarra en tu café nunca, y vendré a tomarme cafés cuando me salga de los cojones.



Cela le sujetó al abuelo Francisco por el brazo, intentando calmarlo, ante la mirada asustada de Cartujo, que se retiraba a sus quehaceres detrás de la barra.

-Na, que este quiere que venga durante la función a tocar la guitarra a cambio de café gratis -reveló el abuelo Francisco, hartado del Cartujo-. ¡Bueno!, si por lo menos fuera café con azúcar en lugar de malta con sacarina...

-¡Hombre -espetó Cela-, yo me tomo todos los cafés que quiero y no tengo que tocarle nada a nadie!

Parece usted muy abstraído, joven -me devuelve don Óscar al presente-. Si yo le contara... ¿Sabe usted si por entonces Cela era ya un personaje conocido? Conocido, conocido... ¡no sé! -duda don Óscar-. Mi tío Antonio, -intervengo de nuevo-, asegura que todo el mundo sabía que Cela era un periodista (se pasaba toda la mañana en el café leyendo el periódico); pero, claro, de los periodistas de antes, no de los de ahora, «que se lo dan todo hecho». Antes, cuando tenían que ir a buscar la noticia. Mire, joven -me instruye don Óscar-, quizá Camilo había publicado ya La familia de Pascual Duarte, pero cuando llegó a Cebberos no era una persona conocida. Era más bien un señorito veraneante (el único, reconoce él, por aquella época en la que ya no recibían a los forasteros a pedradas en los pueblos, aunque todavía quedaban alcaldes que vigilaban las entradas y las salidas y azuzaban a los perros y a la guardia civil contra quienes iban de paso, llevaban luenga barba y ejercían oficio desconocido), pero, a pesar de que ya se dejaba ver en los

periódicos, un veraneante pobre, casi un pobre de solemnidad, muerto de hambre, al decir de algunos, y, vagabundo, al decir de todos, en sentido literal. Sí, es posible -le concedo a don Óscar-, Cela, al respecto, nos dice en algún apunte: «...aquella época en la que estaba, literalmente, sin una peseta, y en la que la penuria llegó a ser tal que con frecuencia, para poder trasladarme a Madrid, tenía que pedir prestados cinco o diez duros para el autobús y un par de cafés o un plato de judías». Yo le presté dinero en muchas ocasiones -revela don Óscar-, pero eso no viene a cuento, joven. La guerra nos hizo pobres y miserables a todos. Me sé de memoria -expongo-, algunos párrafos que preparé para el homenaje que le dedicamos a Cela a los pocos meses de morir: «...y siempre estuve agradecido a todos aquellos que me hicieron la caridad del vino de uva, del pan de trigo y del chorizo de magro de puerco; alimentos que templan las carnes y hacen verdadero al espíritu». Sabe usted que Tomás Lorenzo, el de la bodega y la anécdota de la mili, todavía conserva el libro donde su madre, la tía Justa, asentaba las deudas de los Cela de la forma «Charo dos pesetas», «Charo una peseta»... ¿No recuerdan ustedes la tienda de la tía Justa? Pues, ahora mismo no, joven, -niega don Óscar-.

Estaba dos casas más abajo de la suya, en la calle de los Mesones -le traigo a la memoria-. Tiene razón doña Pepita, don Óscar sólo se

acuerda de lo que le da la real gana. ¡A quién se le ocurre no acordarse de la tienda de al lado de su casa! Debieron de ser años de muchas penurias; seguro que no podían comer este pollo tan rico... Tomás Lorenzo me había dicho que su madre le daba una onza de chocolate con un trozo de pan duro y no le dejaba salir a la calle a comerse para evitar que los otros niños se lo quitaran. Todos los españoles pasaban hambre y miseria, pero Cela había vivido muy bien hasta que estalló la guerra y como fue cabo de artillería en el bando de los vencedores, gozó del privilegio y del reparto de prebendas que le daba la victoria.

Don Óscar -vuelvo a mi interlocutor- yo creo que Cela ya sería alguien por aquella época porque si no cómo se explica usted que se

YO CREO QUE CELA YA SERÍA ALGUIEN POR AQUELLA ÉPOCA

convirtiera en una especie de Padrino para sus amigos de Cebberos, que le pedían constantemente que mediara en la Administración a favor de ellos (recuerde que ya le conté la anécdota de Tomás Lorenzo). Pues, hombre -razona don Óscar-, si es verdad que después de la guerra el estado se administraba como un cuartel, con las mismas jerarquías que el batallón, los funcionarios eran los propios camaradas oficiales y los puestos se ocupaban por recomendaciones e influencias... Como se lo digo -apoyo mi aserción blandiendo el índice-, a la casa de Cela peregrinaban mis

paisanos para solicitar su ayuda: uno le pedía que le echara una mano con su nieto que iba a examinarse de unas plazas de Delegado del Trabajo; otro que le ayudara a recaudar dinero para construir un ateneo-artístico-cultural; otro que si podía echarle un cable a su hijo que estaba en el Ministerio del Ejército; otro que si le conseguía un pluriempleo a su hijo; otras veces acudían a Mariano el médico para que hiciera de intermediario entre Cela y ellos; en fin, que el despacho de Cela debía de ser algunas mañanas como el de un Ministro sin cartera, ¿no cree? Puede ser, joven -me concede, indulgente-, puede ser. Lea usted, don Óscar -agrego, por si no me cree-, algunas cartas que se guardan en el epistolario de la Fundación Cela y verá cómo él podría haber formado una

agencia de influencias en su despacho: «Otra vez venimos a solicitar su ayuda, confiados en

su bondad inagotable y abusando de su amistad. Ya sabe usted que al perro flaco todo son pulgas y el buen hombre tiene el santo de espaldas... Aunque tenemos boca de fraile a su amparo nos acogemos», y así sucesivamente. Todo esto para tratar de llevar al máximo las recomendaciones o hacer todo lo humanamente posible para conseguir concesiones ante el Jefe de Industria de Ávila, etcétera. No, no lo crea, joven -me asegura don Óscar-, cuando un amigo de los de verdad, de los de «sol y sombra», le pedía un favor, Camilo lo primero que le contestaba es que tenía mu-

cha menos influencia de lo que la gente le atribuía; en fin...

Miro a Montse, también ella ha acabado hace tiempo el segundo plato. Espero que no se esté aburriendo. Los últimos días libres los ha sacrificado por mí, pero, ¡que no se queje!, no todo el mundo tiene la oportunidad de que le inviten al club de golf número uno de la Moraleja, y de comer con personas tan educadas y distinguidas, porque si algo tiene esta gente es elegancia y saber estar, sí señor, ¡a ver si se me pega algo!

¡Joven! -me toca don Óscar en la mano-, ahora me acuerdo de la tía Justa, y de que Camilo se las arreglaba para ir renovando su crédito con ella (y con otras manos beneméritas, ejem) cuando recibía las ciento veinticinco pesetas de su colaboración de los martes en el Arriba. Por cierto, al redactor de este periódico le encantaban las uvas de chelva que Camilo le llevaba. Sí -interviene doña Pepita, que había pasado un rato como echada la siesta-, yo le compraba latas de chicharrillos de cinco kilos a la tía Justa, es verdad. ¿Y cómo es eso, don Óscar? -curioso-. ¿El qué? -me pregunta, sin saber a quién hacer caso-. Pues, lo de las uvas -le indico el camino-. ¡Ah! -exclama, bastante desorientado-. Camilo tenía un amigo que de vez en cuando le llevaba uvas de chelva a casa. Sepa usted que no todo era estar en el café y en las bodegas, no, Camilo, a veces, se pasaba días y días encerrado en su cuarto, escribiendo sin salir, y algunos le echaban de menos, sobre todo este amigo y compañero de garrafrina, Rogelio Espinosa, que algunos días le esperaba

hasta altas horas en el casino para jugarse unas perrillas. Una vez, Rogelio Espinosa fue a verle con unos racimos de uvas envueltos en papel de *El Diario de Ávila* y le dijo: -Toma, son las primeras de la temporada.

Camilo salió a recibirle en calzoncillos, el pelo revuelto, grandes ojeras, cara de mala uva.

-Oye -le declaró con su pluma de la mano-, ¿tú sabes lo difícil que es manejar a una persona?

Rogelio Espinosa le contestó que sí, que él dirigía un almacén de coloniales y que el conductor de su camión le causaba muchos problemas. Hombre, espetó Camilo fuera de sí, pues, imagínate yo que estoy luchando contra ciento y pico en esta novela...

-¿Qué te pasa que no sales? -se interesó Rogelio Espinosa, sin querer saber más de la novela-. ¡Todavía no han acabado las fiestas!

-Estoy tratando de ahorrar energías -le manifestó-. Lo mejor es quedarse en casa sin gastar. Apenas he tenido luz hasta la madrugada, así que me he pasado toda la noche con el candil de petromax... ¡Azulada tengo la cara!

-¡Bah, no te quejes tanto! -le recriminó Rogelio Espinosa, y le dio

de la guerra a cantar las horas: «Ave María Purísima, las doce y sereno». ¿Sabe usted, joven, que, a pesar de sus pintas de caminante (de los pocos que hacían ya las Españas a pie, de los que se comían el mundo por los pies) y de su pobreza, Camilo se permitía pasar en Cebrenos por un señorito de Madrid con criada y secretario? ¿No me diga? -me sorprende, esta vez en serio-. Como se lo cuento. Mire -y don Óscar baja la voz para que doña Pepita no le oiga-, la criada que trajo Camilo a Cebrenos, que se llamaba Felisa y era de Toledo, no pasó desapercibida para algunos jovencitos que la observaban embozados a escondidas desde la ventana de su cuarto, mientras se bañaba desnuda en un perol (¡está bien, sin muchas precauciones!), y acabaron por apodarla Tipogamba, de tanto examinar su cuerpo. Pronto, la Tipogamba amistó con uno de sus admiradores, que vivía enfrente de nuestra casa de la calle de los Mesones, y se pasaron muchas tardes en el corral «pelando patatas para cenar» decía la copla que los cantaron luego por los carnavales. Cuéntaselo -le anima doña Pepita, que había aguzado el oído-, a estas alturas ya no me asus-

rre nadie-. El gran José Manuel Caballero y Bonald, ni más ni menos -desvela, recalcando la importancia-. Es curioso -reflexionó en voz alta-, cómo siendo pobre, se puede uno permitir tener criada y secretario. Hay gente -retoma el hilo don Óscar- que se empeña en ser una cosa y lo es. Camilo no era ni rico ni conocido, pero se empeñó en serlo y lo consiguió. Hombre -le

ramos postre-, ¿no ha oído usted hablar de cuando recibió a unos periodistas en el retrete para reivindicar el llamar a las cosas por su nombre, sin remilgos ni perifrasis cursis?, ¿o aquella vez que le invitaron a comer en una casa bien y la anfitriona sacó su mejor vajilla china porque la ocasión, creía ella, lo merecía, y Camilo, por una especie de apuesta pueril, empezó

dole a quitar mérito-, supongo que todas esas anécdotas son públicas y bien conocidas y..., no -me interrumpe, un tanto molesta-, no son todas conocidas, por ejemplo, Óscar, cuéntale lo de aquella otra vez en Bogotá, cuando lo del camarero. Don Óscar se muestra un poco reacio a hablar de estos asuntos, pero doña Pepita insiste y al cabo de unos minutos accede a contar-

«LA CRIADA QUE TRAJÓ CAMILO A CEBREROS NO PASÓ DESAPERCIBIDA»

un golpecito en el hombro.

Camilo, entonces, se ofreció a leerle un fragmento de su novela y a Rogelio Espinosa le entró de golpe la prisa por marcharse.

Recuerdo -continúa don Óscar, que en otras ocasiones, era Camilo el que iba en busca de las uvas, y no sólo para cenar, como le dije, sino para compartirlas también con el redactor jefe de Arriba:

-¡Oye! -le pidió una vez en el casino a Rogelio Espinosa: ¿Te importa que vaya al tempranal a por unas uvas?

-Están buenas, ¿eh? -se enorgulleció Rogelio de sus uvas.

-¡Buenísimas! -ratificó Cela.

-¡Coge todas las que puedas comer en el momento, pero no más! -le invitó.

-No, si no son para mí -se disculpó Cela.

Rogelio le miró con desconfianza.

-No pasa nada. Es que mañana le voy a llevar estos dos artículos a un señor por ver si me los quiere publicar. Escucha, hablo de Cebrenos y de vosotros: «Cebrenos es villa vieja y señorial, con una plaza de arboleda añosa, susurrante, umbría; con una iglesia de torre cuadrada, de torre guerrera acabada en una terminal de cigüeñas, como es de ley...»

-¿Y qué más? -le pidió inesperadamente que continuara.

-Cebrenos, con sus calles alfombradas de difíciles guijas y su caserío poblado de gentes afables, abiertas, parleras y obsequiosas...

-¡Ah!, entonces, vale -accedió Rogelio Espinosa satisfecho.

Recuerdo -continúa don Óscar reviviendo sus memorias- que Camilo se levantaba de madrugada para ir a coger el autobús y la noche antes le pedía al tío Luis, el sereno de mejor memoria del mundo, que le despertase a las cinco. Habían vuelto los serenos después

to por nada. Un día -prosigue don Óscar-, Camilo intentó poner orden en su casa:

-¡Oye, Felisa! -la recriminó en la cocina-, a mí lo que hagas con tu vida privada ni me va ni me viene, pero en horas de trabajo...

-Y cuálas son mis horas libres, señó -rechistó Felisa sin levantar la vista de la ensalada de tomates que preparaba para la comida-, si estoy to el día a su disposición -y se echó a llorar.

-Mira, Felisa, ¿no sabes que anda en coplas tu honra», como le dijo Raimunda a la Acacia en la Malquerida? -Felisa se recogió las lágrimas que la brotaban a borbotones y Camilo le levantó la barbilla y continuó en tono paternalista-. Mira, hija, primero alguien te canta una copla en la plaza del Altozano y luego llega un tal Jacinto Benavente y escribe una comedia, ¿entiendes? -subió de tono-, no quiero yo que vayas tú a quitarme protagonismo...

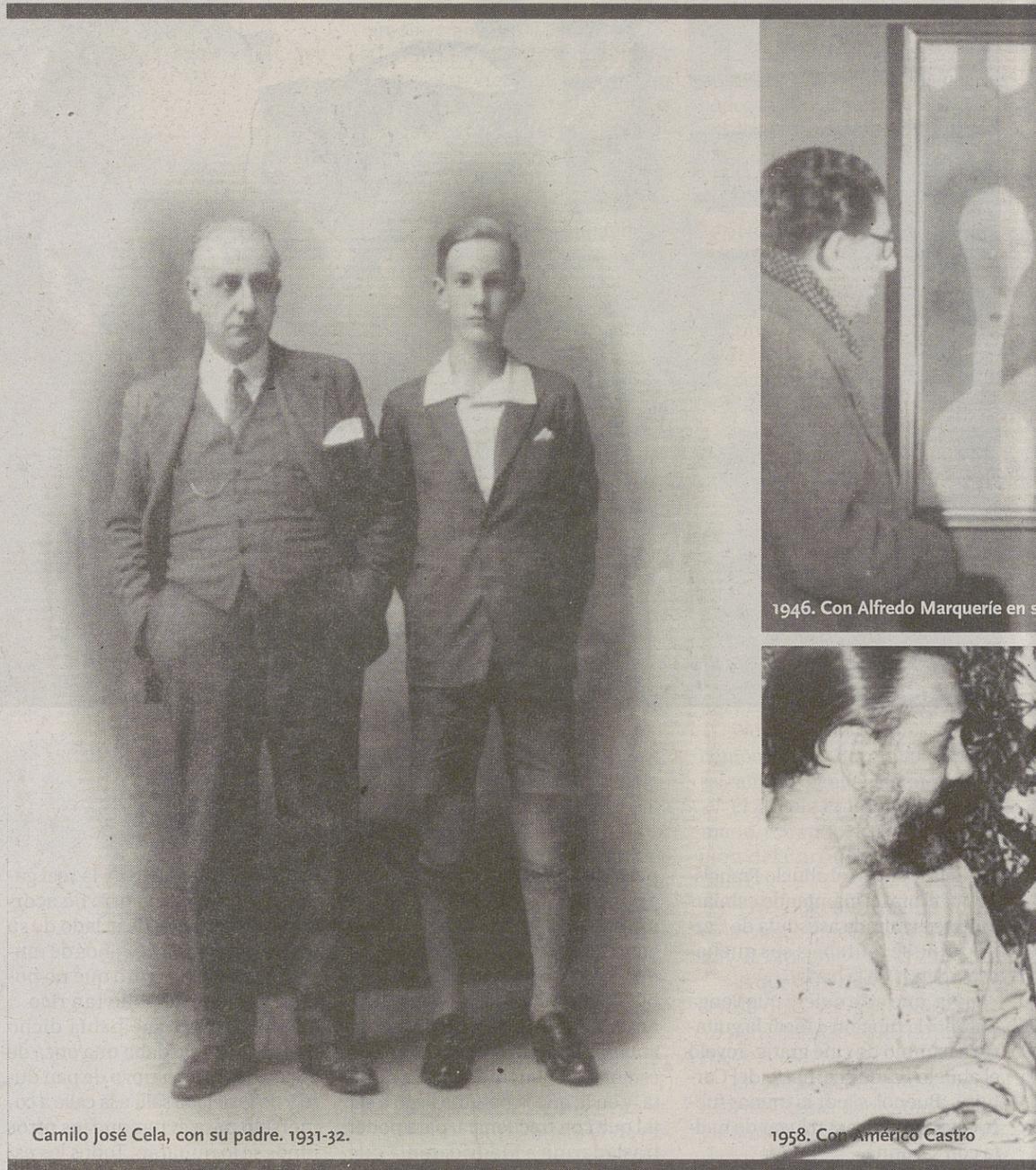
-Pa mí soy bien honrá -soltó decididamente Felisa unos gajos de tomate sobre la ensaladera-, pero una también tié que divertirse, señó.

Camilo apretó los labios e hizo ademán de quitarse el cinto, como le había visto hacer a Diocle, el conductor del Correo.

-¡Consentidora, que eres una consentidora! -se enfureció Camilo de malos modos.

Y Felisa se marchó corriendo a su cuarto, probablemente a llorar sobre la almohada.

Camilo no pudo con Felisa -se extiende don Óscar-, como era de esperar, y a ella y a su amigo les cundió tanto lo de las patatas que decidieron escaparse juntos del pueblo, que no comprendió nunca su amor patatero. ¿Y sabe usted, joven, quién era el secretario de Camilo cuando venía a Cebrenos? Pues, no, don Óscar -no se me ocu-



corto-, pues, yo por más que me empeñe, me parece a mí que me va a dar igual... Montse me mira y se ríe. Estamos hasta el cuello de deudas con el banco. Si salimos de ésta, vamos bien. Camilo se empeñó en ser conocido -recalca don Óscar-, y lo consiguió. Una vez le dije pero no hagas esas brutalidades, Camilo, que van a hablar de ti todos los periódicos y vas a perder la reputación, y él me contestó eso

estampándose su plato en la cabeza y continuó con los platos de los compañeros de mesa? ¿Se figura usted la cara de la anfitriona al ver diezmada de ese modo su vajilla de lujo? Pero eso fue mucho después de Cebrenos -le quito mérito a la información aportada por doña Pepita-. Bueno, yo no me acuerdo de qué año fue; hizo tantas barbaridades... Te acuerdas, Óscar, estando en Bogotá, cuando vino a

lo: Pues, mire, estaba yo con Camilo y un grupo de amigos en el mejor restaurante de Bogotá. Habíamos acabado de comer; pedimos unas copas al camarero, que no traía ni libreta ni bolígrafo: A mí un whisky con coca y sólo dos hielos; a mí con limón y tres hielos; a mí un ron con coca, medio limón exprimido y con un hielo; yo tomaré gin-tonic sin hielo; a mí me pone un aguardiente en vasito pequeño; a mí... el camarero iba dando la vuelta a la mesa y oyendo la comanda distinta de cada uno de nosotros, el rostro azorado, las manos metidas en el mandil. Total, que se marchó y al rato vino con una botella de whisky, ocho vasos y una cubitera llena de hielos, los dejó sobre la mesa y, sin decir ni mu, se fue a atender a otros clientes.

Doña Pepita se ríe anticipadamente, y Montse y yo esperamos inquietos el final de la anécdota.

Nos quedamos todos -don Óscar pone cara de embozado-, con la vista fija en la botella de whisky, los vasos y la cubitera, sin decir nada, esperando una aclaración del

CAMILO APRETÓ LOS LABIOS E HIZO ADEMÁN DE QUITARSE EL CINTO

es lo que quiero, que hablen de mí. Aunque sea mal -me hago el gracioso-, que hablen de uno aunque sea mal, como dice el refrán. No me corrige don Óscar-, Camilo decía que hablen de uno aunque sea bien. ¿Y qué barbaridades son esas a las que se refería usted -trato de tirarle de la lengua-. Mire -me reprende, un tanto azorado-, son bien conocidas, no recuerdo ahora. Sí -interviene doña Pepita, que ya casi no contaba con que tomá-

visitarnos y se hospedó en un hotel de tres plantas, muy bajito, y se subió al tejado en calzoncillos con una escopeta... Sí, sí, lo recuerdo -se ríe don Óscar mientras sigue escuchando a su mujer-. Y entonces un amigo le preguntó pero bueno qué estás haciendo ahí, en calzoncillos, con la escopeta, y Camilo le contestó no dicen que hay que estar siempre atento adonde salte la liebre, pues aquí estoy, esperándola. Doña Pepita -le apunto, volvién-

camarero, hasta que uno de nosotros lo llamó y le dijo oiga creo que entre todos sólo hemos pedido dos whiskys, ¿y las demás bebidas? El camarero, que estaba deseando saltar, nos contestó ustedes de mí no se ríen, si quieren bébanse el whisky, y si no, se marchan por donde han venido. En eso, se levantó Camilo arrastrando bruscamente la silla y, ni corto ni perezoso,

je nada. Vamos, ni se le ocurra a usted escribir esto -me amenaza don Óscar al poco rato-. Yo se lo he contado en confidencia, pero no para que vaya usted publicándolo por ahí.

Como y callo; Félix, tú come y calla. Mire -vuelve don Óscar a instigarme, ahora un poco más calmado-, hay cosas que yo se las puedo contar a usted, joven, en la

mar de postre. Sí -se frota las manos doña Pepita, que había dado el postre por perdido.

Por fin acabo mi pollo, a la vez que don Óscar. Me siento lleno, pero nunca perdono un postre. Yo, sin terminar con un dulce tengo la impresión de no haber comido... ¿Sabe usted -retomo mi anterior argumento, sin tener en cuenta el cambio de actitud de don Óscar-,

que me va a servir para desbloquearme. El caso es que don Óscar cada vez se muestra más impaciente y ya empieza a mirarme como un basilisco. No todo iba a ser miel sobre hojuelas, Félix, algún trabajo te costará, o ¿es que piensas que los libros se escriben así de fácil, sin esfuerzo alguno? Nada, que sacas la grabadora, la gente habla y ya está: un libro. Si

salir en los periódicos y que hablen de mí; y así, a ver si me forjo una fama y la gente, por curiosidad, compra mis libros. ¿Leyó usted -le señalo- el suplemento cultural que publicó El Mundo por la muerte de Cela? No, no lo leí -se encoge de hombros-. Pues, allí hay testimonios muy valiosos de amigos suyos -le aseguro, hincando la cuchara en mi tarta de hojaldre-,



A mi querido Camilo José Cela, con un abrazo cariñoso y platino de Jorge Guillén

1958. Con Jorge Guillén.



1942. En la tertulia de Pío Baroja.



1957. Entrada en la Real Academia de la Lengua.

FOTOS CEDIDAS POR LA FUNDACIÓN CAMILO JOSÉ CELA, MARQUÉS DE IRÍA FLAVIA.

so, la voz solemne y engolada, le dijo, apuntándolo con el índice, mire usted, no le nombro a su padre por no darle una pista, pero de una hostia le rompo los dientes... Imagínesse, joven, el alboroto que se preparó. Ja, ja -se ríen doña Pepita y su marido, rememorando juntos aquellos instantes; pero a mí, ya digo, no me interesan demasiado esas historias, lo que a mí me interesa es contar las andanzas de Cela en Cebberos, y compilarlas en un libro-. A mí -les manifiesto-, me gustaría ceñirme a los acontecimientos de la vida de Cela que tuvieron lugar entre 1947 y 1950, cuando Cela empezaba su carrera. Comprendan que si escribo algo que ya está escrito o algo que sabe todo el mundo, no tiene mérito. Pero, joven -me pide don Óscar que le deje hablar-, alguna de las cosas que le cuento son inéditas y más o menos de aquella época. Por cierto -se enfada de repente don Óscar, cambiando de actitud y de rostro-, ¿no irá usted a escribir esto?

Me hubiera gustado ver también mi cara, pero me callé y no di-

privacidad, y no son para hacerlas públicas, y otras serán mentira. No importa -me disculpo, mirándole de reojo-, la literatura es una gran mentira. Don Óscar me traspasa con su doce por ciento de vista. ¡Lo dice Vargas Llosa! -le apunto, confiando en que reconozca tan alta autoridad-, la literatura es ficción y el escritor lo que hace es inventarse un mundo; es «la verdad de las mentiras».

Parece que don Óscar se queda más conforme al apoyar mi disculpa en un escritor de tanto prestigio. Yo, si usted no quiere, no lo cuento -prosigo, dando ahora la cara-, pero en el caso de que se llegue a publicar mi libro, no hay por qué preocuparse si lo que escribo es más o menos mentira; eso da igual, no se trata de una biografía. Se trata de escribir una historia de ficción en la que estemos todos representados, usted, su esposa, Montse y yo, y que gire en torno a Cela y sus andanzas por Cebberos. Bueno -don Óscar cambia de asunto, como si quisiera despacharme, y llama a Andrés el maître levantando el brazo-, qué va a to-

que una vez le reprocharon a Borges que no existieran las calles del Buenos Aires que describía en su libro *El Aleph*? ¡Al mismo Cela le reprochaban en Cebberos que era un mentiroso redomao! Hay gente que cree que los escritores deben escribir la verdad y nada más que la verdad, y no reparan en que la verdad es muy aburrida y no tan interesante y amena como la ficción. Sí, sí, ya nos lo ha dicho usted antes, joven -me reprocha don

fuera tan sencillo... Don Óscar es un gran hombre, todo un caballero. Al menos, voy a intentar que me conceda otra entrevista. Le prometeré que la próxima vez pagaré yo. El caso es volver a quedar y que me cuente más cosas, no dejar de hablar con él.

O sea, don Óscar -vuelvo al ataque, como si fuera la última bala de la recámara-, ¿las barbaridades que nos ha referido antes datan de mediados de los cuarenta? A Ca-

AL MISMO CELA LE REPROCHABAN EN CEBREROS QUE ERA UN MENTIROSO REDOMAO

Óscar, nada interesado en mi opinión-. Por favor, Andrés, ¿qué tiene de postre?

Montse no ha querido postre, don Óscar ha elegido tarta de manzana; doña Pepita, una naranja preparada; y yo, tarta de hojaldre. Nos estamos quedando solos en el restorán. Lo siento por los camareros, pero esta entrevista es demasiado importante para mí: si soy capaz de recordarlo todo, creo

millo le nombraron académico -duda don Óscar, condescendiente, y entorna los ojos-, por el 1957, y cuando yo le reproché que hiciera esas barbaridades fue bastante antes. Sí, lo recuerdo muy bien, porque me contestó yo lo que quiero de momento es ser académico, ser académico a toda costa, y como no tengo dinero ni modo de darme publicidad a base de dinero, lo único que puedo hacer es

como el de Carlos Casares, que corroboran esto que usted afirma, que Cela se construyó un personaje de sí mismo, para darse publicidad, lo rodeó de palabrotas, de desplantes y escándalos; pero que ése no era el verdadero Cela, el Cela de sus amigos, sino el Cela público, de los papeles; y que, como le indiqué antes que había dicho Umbral, el personaje siempre superó a la obra. Don Óscar asiente con la cabeza, sin querer perderse el postre, al que mira su esposa ávidamente. También -agregó-, publicó después *El Mundo* unas cartas en las que se lee claramente que Cela le dora la píldora al doctor Marañón para que lo meta en la Academia. Sepa usted, joven -se muestra orgulloso don Óscar-, que yo también escribí un artículo en *La Razón*, con motivo de la muerte de Camilo, en el que hablo de cómo empezó nuestra amistad. ¡Me gustaría leerlo! -le ruego-. No se impaciente, joven, que se lo he traído fotocopiado. Tome, cójalo, está en el álbum de fotos. Gracias, gracias, es usted muy amable por molestarse. No

es molestia, sabía que le gustaría leerlo. Ande, ¡léalo!

Montse, doña Pepita y don Óscar se quedan en silencio para dejarme leer tranquilo. Noto que se me altera la mirada, trago saliva y hojeo despacito el viejo álbum de fotos, las instantáneas del homenaje en el Palace, recortes de cuando presentó el aparato Óscar Bernat y, por fin, el artículo de *La Razón*, publicado en enero de 2.002. De fondo, la lluvia sobre la terraza del club de golf número uno de la Moraleja, la lluvia y la humedad que no deja de acecharnos con sus tentáculos de agua.

«Sí, ya veo -le refiero a don Óscar-, que la memoria le jugó una

prendido-. Apoyamos a Franco -se disculpa don Óscar- porque pensamos que restablecería pronto la monarquía (el mismo don Juan le envió un efusivo telegrama de felicitación desde Roma), pero poco después de ganar la guerra se hizo con el poder absoluto y traicionó la causa de Don Juan. ¿Y por qué su empeño en restablecer la monarquía?, -se me despierta la curiosidad al ver que don Óscar domina este asunto-. Mire, joven -nos declara, ufano-, nací monárquico por tradición familiar, me convencí monárquico con el estudio y me radicalicé monárquico durante la República. Sepa usted que nuestra Guerra Civil me la pasé en las cár-

quismo completo y absoluto.

Avanzadilla Monárquica nació ante la frustración de ver que Franco no restituía la monarquía de Don Juan, como nos había prometido antes de llegar al poder. Empezamos a protestar, y de ahí nuestras reuniones y luchas contra los falangistas; luego, cuando Franco se alió con el fascismo de Hitler y Mussolini, cerró España a cal y canto, expulsó a los embajadores y nos trajo el bloqueo económico de la ONU, dejando que España se muriera de hambre (gracias a Evita Perón, que nos regaló huevos, carne, trigo y apoyo moral), desesperados, intentamos formar gobierno en Tenerife, con Don Juan a la ca-

por saber el desenlace-, ¡a cargárselo! No, fuimos a pegarlo una paliza -me increpa don Óscar-, ¡cómo nos lo íbamos a cargar en una cervecería! ¿Y qué más da? -le quito importancia al hecho- ¡En aquellos tiempos no se andaban ustedes con muchos miramientos! El caso es que entramos en la cervecería Baviera -don Óscar me perdona la vida con su doce por ciento de vista-, en la confluencia de Gran Vía con Alcalá, bajos de la iglesia de San José (creo que ahora hay una tienda de deportes) y Camilo se asustó y empezó a gritar «¡vienen a matarme!, ¡vienen a matarme!». Al vernos rodeados por algunos clientes de la cervecería,

Desde la cervecería -reanuda, animado por sus recuerdos de juventud- nos fuimos a mi piso de la calle Marqués de Urquijo nº 1 (esquina a Princesa) donde, desde 1942 residía y ejercía la profesión de odontólogo. En mi despacho sobresalía una gran foto de Alfonso XIII aureolada con la bandera de España. Desde 1943 ese despacho había sido el mayor centro de activismo clandestino monárquico antifranquista. Y así, después de conversar en su casa con el general Kindelán, que nos había dicho que cada cual «debía establecer el cañoncito por su cuenta» y presentado a la que, junto a él, era la representante del rey en Espa-



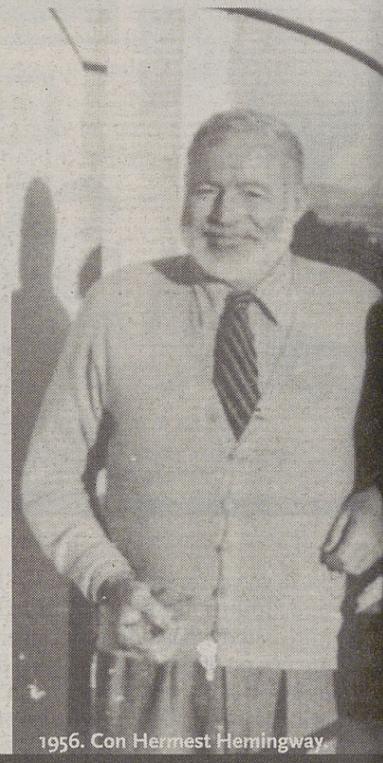
1961. Con Pablo Picasso.



1946. Viaje a la Alcarria.



1950. Cela actor de cine en el rodaje de 'El...



1956. Con Hermest Herringway.

mala pasada al hijo de Cela y que su padre no se fue a Cebreros porque conociera a Mariano el médico, sino porque en Madrid no le dejaban escribir y buscaba un lugar donde aislarse. Don Óscar toma un trozo de su tarta de manzana y asiente con la cabeza. ¡Ah!, esto sí es curioso -exclamo-, el modo como ustedes se conocieron. Así es, joven -aprueba don Óscar, degustando su postre-, nosotros formábamos la junta directiva de la organización *Avanzadilla Monárquica* y luchábamos, desde la clandestinidad, contra los falangistas. Don Óscar come otro trozo de tarta de manzana y yo le escucho atentamente; me emociona imaginarle luchando contra los franquistas. ¿Eran ustedes familias enfrentadas? -le interrogo, sor-

celes rojas. Después agradecí a Franco que me liberara y me permitiera reincorporarme a los estudios en la facultad de medicina, interrumpidos en julio del 36. Durante el discurrir de la Guerra Mundial, el egoísmo evidenciado por el Caudillo, tan perjudicial para los intereses españoles, trastocó

beza, y bajo los auspicios de los EE UU, que mandaron un emisario, y no sé qué pasó con él que se murió nada más llegar. Bueno, joven, esto es muy largo de contar. Se lo he resumido así, grosso modo, para que usted lo entienda. El caso es que Camilo publicó un artículo en el semanario del sindicato estudian-

que, supongo, serían los que formaban su peña, nos limitamos a insultarle, hasta que Camilo nos convenció de que había escrito el artículo esperando nuestra reacción, para que saliésemos de la clandestinidad y así poder unirse a nosotros. Era el otoño de 1946. ¡Ahí lo digo! -y me remite al artículo que

ña, Luisa Narváez, Duquesa de Valencia, conocida como Luisa Valencia, bautizamos nuestro cañoncito con el nombre de *Avanzadillas Monárquicas*, comandadas por la propia Luisa Valencia, el joven abogado Miguel Sánchez Herrero, Joaquín Otero Boyanes, entonces teniente coronel (que llegó a teniente general y obtuvo el título de marqués de Revilla) y yo. De la combinación de las iniciales de nuestros nombres salió LUMIJOS (Luisa, Miguel, Joaquín y Óscar), que nos servía de firma anónima a cuantos documentos clandestinos precisaban acreditarse como *Avanzadilla Monárquica*. Y eso es todo joven...

Doña Pepita ha terminado su naranja preparada y, ahora, después de intentarlo varias veces, le

«APOYAMOS A FRANCO -SE DISCULPA DON ÓSCAR- PORQUE PENSAMOS QUE RESTABLECERÍA PRONTO LA MONARQUÍA»

mi sentimiento de gratitud a la persona que me había redimido del cautiverio por los de repulsa al dictador. Mi conciencia salió del letargo impulsándome al antifran-

til de la Falange, recuerde que hablábamos de mediados de los años cuarenta, en el que menospreciaba a Don Juan; y fueron ustedes -le interrumpo, lleno de curiosidad

tengo en las manos- ¡Espero que pueda leerlo con esa letra tan pequeña! No se preocupe -le dispenso-, que yo tengo la vista casi al cien por cien.

quita por fin a su marido, sin que se dé cuenta, un trozo de tarta de manzana. O sea -trató de animar a don Óscar para que me informe más sobre aquella época tan desconocida para mí-, que luego se fueron todos a su casa, ¡como amigos! ¿Y qué pasó después? Fundamos la revista *El barrendero*, -me revela don Óscar después de beber un poco de agua-; allí escribió Camilo un artículo titulado Cara a cara y sin careta, en la que defendía la causa de Don Juan frente al Caudillo, y que, para mí, es el mejor artículo que ha escrito Camilo en su vida (recuerde que en ese momento se iba a celebrar un referéndum, el primero desde el 16 de febrero

pues eran una mera creación gubernativa). Una vez -se le nota a don Óscar que le gusta mucho hablar de esta época- me dijo Camilo en una recepción académica que si no habría manera de conseguir su artículo, para guardarlo, y yo le contesté que era poco menos que imposible ya que, como usted entenderá, las publicaciones clandestinas no se archivaban en ningún sitio y nosotros, claro, destruimos toda la documentación ante la inminencia de un registro de la autoridad competente.

Don Óscar mira a doña Pepita y le dice la vida habría sido distinta si los EE.UU no nos hubieran traicionado...

llo para comprar su apoyo contra el comunismo. De ese modo, Franco, de criticar a los americanos pasó a ser su más firme panegirista, y a nosotros los EE UU nos dejaron con el culo al aire, como se dice popularmente, y decidimos exilarnos antes de que nos arrestaran.

Don Óscar le vuelve a tomar la mano a doña Pepita, se nota que se le hinchan los pulmones por la emoción, y habla lentamente con nostalgia de aquellos días en los que sus vidas estaban en peligro:

Recuerdo que vino a nuestra casa un amigo, que no quiero nombrar otra vez y que por entonces ya se había preocupado más de acercarse al rey, previniendo el maña-

tauración de la Monarquía intercalando en mis conferencias científicas propaganda política, celebrando funerales por Alfonso XIII y banquetes por el día de san Juan. En España, como usted puede comprender, se desintegró LUMIJOS (con Otero Goyanes hecho marqués y privilegiadamente tratado en el ejército, Luisa Valencia en la cárcel, Miguel Herrero delante de un consejo de guerra, y yo en mi exilio colombiano) -a don Óscar le tiembla la voz, pero se muestra embalado con su argumentación-. Por entonces, don Juan ya había mostrado un intento de aproximación a Franco a favor de su hijo, el príncipe de Asturias, que vino a estudiar a España bajo el más vergonzoso anonimato por parte de las autoridades, y que tendría como consecuencia, diecinueve años después, la proclamación de Juan Carlos como heredero del Caudillo a título de Rey. Fruto de esta nueva situación, don Juan me pidió que regresara a España, cosa que hice inmediatamente, sacrificando de nuevo a mi familia, mi carrera y el pequeño bienestar económico alcanzado en Bogotá. Cuando pude hacerme rico en España, me exilé; cuando empezaba a ahorrar en Colombia, me repatrié. Tres veces empecé a ejercer la odontología: la primera en Cebros, nada más acabar la carrera y endeudado; la segunda en Bogotá, arrancando de cero, y la tercera, en Madrid, de poco más que cero, al repatriarme. ¿Y todo para qué? Para acumular desprecios y ser objeto de burlas...

Doña Pepita interviene para decir que seguro que mi tarta de hojaldre está mejor que la de manzana de su marido. ¡Pruebe!, -le ofrez-

Pepita-, si ya nos da igual. Total, la hora que es.

Bueno, Pepi, dame tiempo, que estoy terminando el postre.

Desde la fundación de Avanzadillas -se lanza don Óscar- y hasta 1952, año en el que desapareció, no dejamos de realizar pintadas, pegar carteles, difundir octavillas, organizar banquetes por el día de san Juan (esto creo que ya se lo he dicho antes) y funerales por Alfonso XIII cada 28 de febrero en contrapartida a los que celebraba el gobierno «por todos los reyes de España», como excusa para reunirnos y, al acabar, salíamos a la calle y gritábamos: ¡Viva España!, ¡Viva el Rey! Así cuatro o cinco veces. Un día los falangistas nos esperaban a la puerta de la iglesia de Medinaceli gritando brazo en alto: ¡Franco, Franco, Franco! ¡Arriba España! El caso es que nos liamos a tortas con ellos y un barrendero gallego de nombre Mañas, que andaba por allí barriendo, se unió a nosotros y empezó a sacudir a los falangistas con el palo de la escoba, hasta que llegó la policía...

Le cogimos tanto cariño al Mañas, que se incorporó a nuestra organización e incluso le rogó a don Juan que le apadrinara un hijo. ¿Y se lo apadrinó? -me intereso por el desenlace-. Don Juan me dijo -se jacta don Óscar- dile al Mañas que me sentiría muy honrado de apadrinarle a su hijo, pero que, por problemas de representación, etcétera, lo veo imposible. ¿Qué te parece si lo apadrinó tú por mí?, y entonces yo se lo apadriné y hasta asistí luego, veinte años después, a su boda. Bueno, joven, así fue cómo, en honor al Mañas, decidimos ponerle a nuestra revista clandestina el nombre de *El barrendero*.

«LE COGIMOS TANTO CARIÑO AL 'MAÑAS', QUE SE INCORPORÓ A NUESTRA ORGANIZACIÓN»

co-, si quiere pruebe. No, gracias -se sonroja doña Pepita-, sólo digo que la de Óscar está peor hecha, se nota a la legua. La tarta de hojaldre está muy buena, no sé cómo estará la de don Óscar, pero la mía, desde luego, está muy buena. Montse -la animo-, ¿no tomas postre? No, no quiero -rechaza-, lo que voy a pedir es un poleo menta. Otro día, joven -me emplaza don Óscar-, si quiere le cuento el porqué del nombre de *El barrendero*. De acuerdo -asiento encantado-, por mí, si ustedes quieren, quedamos otro día aquí en Madrid o en Cebros y me cuentan más cosas: ¡pago yo! ¿Qué les parece el próximo miércoles día 20? ¿Le viene bien? No es posible, joven -se disculpa don Óscar, pensándolo mejor-, estamos de aniversario de bodas; incluso puede que salgamos de Madrid. Precisamente lo estaba yo hablando con Pepita antes de que ustedes llegasen, y quizá nos vayamos ocho o diez días a las islas Canarias -busca ratificación en su mujer-. Teníamos la idea de ir a comprar los billetes esta tarde para salir el lunes y estaremos por lo menos toda la semana. A lo mejor vamos a la Habana, que uno de nuestros hijos nos ha dicho que está muy bien...

Por qué no le cuentas lo de El barrendero ahora -le anima doña

Usted -se dirige doña Pepita a Montse-, ha dicho que iba a tomar un poleo, ¿verdad? Sí -admite Montse-. Bien, por favor Andrés, a nosotros sírvanos también dos cafés con leche, ya para merendar. Don Óscar -le interpele, intentando ganar tiempo-, ¿conoció usted al más famoso falangista de Cebros por aquella época, un tal Paco Herranz, lugarteniente general de la guardia de Franco? No -objeta don Óscar-, no sé quién es. Pues, mire -continúa a la desesperada, viendo que se está haciendo muy tarde para ellos-, a mí me ha contado la hermana (viuda de un juez del Supremo), del tal Paco, que los Cels vivieron en la casa que su hermano tenía en Cebros, con todas las comodidades del momento; que les llevaban fruta, que entonces había mucha, y gratis, melocotones, uvas, albaricoques.

La viuda me había dicho que su hermano Paco no le cobraba el alquiler de la vivienda a Cels por ser falangista, pero que después Cels se convirtió en un traidor, como otro que no se atrevía a nombrar, que firmó la muerte de más de ochenta personas. La señora, una anciana de 96 años, no quiso darme detalles de esto último, y le dije que no debería lanzar esas acusaciones tan graves sin tener pruebas; ella alegó que había su-



1939. En el jardín de su casa en Iria Flavia.



1957. Con Joan Miró.

FOTOS CEDIDAS POR LA FUNDACIÓN CAMILO JOSÉ CELA, MARQUÉS DE IRIA FLAVIA.

de 1936, sobre un proyecto de Ley de Sucesión que venía a decir que España se constituía en Reino católico y social, etcétera, y que en caso de muerte o de incapacidad de Franco, vendría a sucederle una persona de sangre real, mayor de treinta años, etcétera, proyecto que le fue entregado a Don Juan en Estoril de la mano de Carrero Blanco, al que contestó con un manifiesto, no publicado en España, en el que mostraba su disconformidad, alegando que los principios que regían la sucesión a la corona, y que eran la base de su legitimidad, se asentaban en la actuación conjunta del rey y de la nación, legítimamente representada en las Cortes, y que ni el rey había intervenido, ni se podía decir que las Cortes encarnasen la voluntad de la nación,

Sí, joven -encadena don Óscar un argumento que se sabe de carrerilla-, en aquella época la Unión Soviética era el enemigo público número uno de los EE UU, como hace poco lo fue Iraq, y el Generalísimo, aunque fascista, representaba en España el bastión contra los rojos, ya sabe usted, pro soviéticos, así que un año más tarde, como España dejó de ser un «peligro mundial» decidieron apoyar al dictador para evitar la expansión del comunismo por esta parte de Europa; enviaron más tarde un nuevo emisario que, esta vez, negoció con Franco un paquete de ayudas económicas que se conocería por entonces como «El milagro económico», que no fue otra cosa que millones y millones de dólares, regalo del gobierno americano al Caudi-

na, que de correr riesgos luchando por la causa que Él representaba, y me aconsejó Óscar hazte cargo de lo grave que es tu caso: le estás haciendo el «alfileretazo» al Generalísimo -don Óscar aspira y expira profundamente-. Cuando se marchó mi amigo, y después de haber sido objeto de continuas persecuciones, registros domiciliarios y detenciones, entendí muy rápido que si aquel amigo tan influyente se había jugado la vida para avisarme, significaba que esta vez mi arresto tendría consecuencias gravísimas. Así que cogí a la familia de la mano, justo cuando mi prestigio empezaba a procurarnos algo de dinero, y nos fuimos a Colombia, donde mi llegada fue todo un acontecimiento, y desde donde, hasta mi repatriación, luché por la res-



frido mucho, que asesinaron a su hermano y no iba a morderse la lengua a estas alturas de la vida...

Hace mucho calor en el restaurante. Seguro que es la humedad que ya está aquí, ocupando toda la sala. No, puede que sea el vinillo; ¡si apenas he tomado dos copitas! Está buena, la tarta de hojaldre está muy buena. ¡Quitarme la chaqueta! Tampoco. Sería una falta de compostura... Don Óscar se aparta un poco para permitir que un compañero de Andrés el maître, con cara de cansado, le sirva su café. Después sirve el poleo calentito de Montse y el café con leche de doña Pepita.

No puedo ayudarle, joven -se recompone don Óscar después de tomarse el café-, desconozco la relación de Camilo con el tal Paco. Pues, ¿sabía usted -le aclaro- que Paco Herranz fue encontrado muerto en un banco de la plaza de Santo Domingo? ¡Qué insinúa, joven! -me aborda don Óscar-

No, disculpe, yo no insinué nada. Sólo digo que su cadáver fue encontrado en un banco de la plaza de Santo Domingo, donde ahora está el aparcamiento, con el brazo colgando, su pistola de la mano y varios tiros en la cabeza. ¿Y qué? -me desafía don Óscar-. Nada, nada -me protejo-, que me extraña que no conociera usted a un personaje tan popular en Cebberos, porque allí lo recuerdan pero que muy bien. Mire, si doña Pepita me permite dejar de comer, les voy a contar una escena tal y como me la contó un vecino que fue testigo de los hechos, una escena muy interesante.

Disculpe -me detiene don Óscar, descansando su mano en mi brazo-, pero tenemos que irnos. No -le contradice doña Pe-

pita a su marido-, que te lo cuente, si ya nos da igual un rato más que un rato menos. Total, así merendamos.

Don Óscar arruga las facciones del rostro y aprieta los labios, pero al momento coge aire y me presta atención para complacer a su esposa:

A primera hora de la tarde, el Dodge negro giró por la plaza de España, levantando una gran polvareda a la altura del olmo de la calle del Generalísimo, y aparco justo enfrente de la puerta del café de la Isabelilla. Pronto, los niños corrieron al encuentro del cochazo, que les pareció grande como un barco, y dieron vueltas a su alrededor, toqueteando la banderita de la Falange sobre el faro derecho, exaltando su dimensión y el blanco de sus rue-

caer su pesado brazo derecho sobre el mostrador y apoyó la cabeza, la enorme espalda y la suela del botín derecho sobre la pared de una de las cuatro esquinas del café. El dueño aguardaba intranquilo, las manos ocultas detrás del mostrador, la sonrisa forzada al máximo, sin atreverse a mirarle a los ojos. Hacía varios meses, quizá desde los carnavales, que, gracias a dios, no se le veía por el pueblo.

-Buenas tardes, don Paco, ¿qué le pongo? -se atrevió a preguntar el dueño con la voz temblorosa.

Paco Herranz dio un golpe-tazo al mostrador sin mirar al dueño y pidió una cerveza a voces.

-Si no está bien fría, no la quiero -le amenazó con el dedo

aunque había nacido en el pueblo, se había criado en la capital. La atmósfera del café estaba cargada de humo y sólo se oía el canto descompasado de dos canarios en unas jaulas colgadas por dentro del mostrador. Cuando el dueño vino con la cerveza, un tanto temeroso de que no estuviera bien fría, Paco Herranz se echó a él con todo su corpachón y se la quitó de la mano, sin darle tiempo ni a ponerla sobre el mostrador, diciendo «trae p'acá», y se la bebió de un trago.

-Ponme otra, y que esté más fría -repetió con su voz grave, ronca y autoritaria, mientras se aflojaba el correaje pespunteado en hilo blanco.

El dueño se secó las manos húmedas con el delantal manchado por la brega de la maña-

marcharon sin despedirse de nadie, la vista en el suelo, el andar ligero. El dueño dejó la cerveza sobre el mostrador, sin apartar la mirada temerosa de la automática. De pronto, tras de la cortina de la puerta del bar apareció la figura alta, pálida y delgada del joven Camilo José Cela, pantalones blancos, camisa blanca por fuera, larga barba y recién peinado, como si acabara de pegarse un baño.

-¡Arriba España!

-¡Arriba siempre!

-Paco, perdona que llegue tarde, es que el niño... -espetó desde la puerta, y le ofreció la mano.

-Paco relajó su corpachón y fue al encuentro de Camilo, rechazando el apretón de manos y regalándole en su lugar tales palmadas en la espalda que a punto estuvieron de dar con Camilo en el suelo, si no es porque antes se agarra a los fuertes brazos de Paco.

Sin apenas aire, Camilo se dejó arrastrar al rincón de la barra, y los que quedaban en las mesas, que permanecían con el mismo abanico de cartas agarrado en las manos, continuaron el juego, ahora más sueltos.

-Oye, tú -se dirigió al dueño levantando decididamente el brazo que tenía sobre los hombros de Camilo-, sírvenos dos cervezas bien frías.

-No -cortó Camilo-, yo a estas horas prefiero un vaso.

Paco miró fijamente al dueño, preguntándole con el mentón si se había enterado y perdonándolo la vida.

-Que sean dos vasos, ¡marchando!

Quinta y última entrega, el próximo domingo.

EL AMBIENTE SE HIZO TAN TENSO QUE SE PODRÍA HABER CORTADO CON UN CUCHILLO»

das.

El color tintado de los cristales ocultaba al chófer y a su jefe, que no parecía tener mucha prisa por salir, ufano a causa de la expectación levantada. Al rato, ya cuando el coche era el centro de atención de toda la plaza, salió el chófer y abrió la puerta a su jefe con mucha profesionalidad. Unos botines de lona pisaron el seco polvo del mes de agosto, dejando una huella grande y profunda, y se dirigieron al interior del café de la Isabelilla. Al entrar, los jugadores de cartas apartaron los ojos de sus triunfos y guardaron silencio. El dueño del café dio un respingo y fue hacia él, siguiéndolo servicial con la mirada, hasta que Paco Herranz dejó

en alto.

El dueño rebuscó rápidamente entre las cervezas, palpando la que estaba más fría y apartando el hielo sin temor a cortarse, a sabiendas de que ninguna le parecería a Paco suficientemente fría.

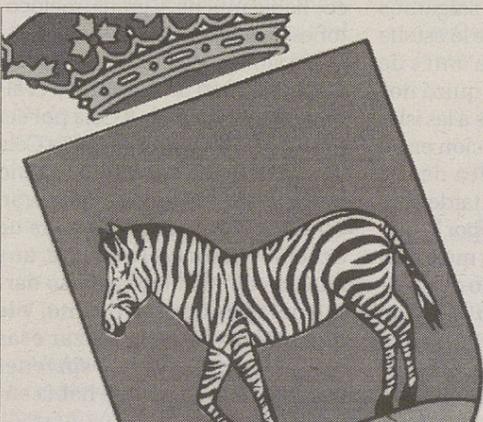
-Bueno, es igual, dame la que tengas, me la voy a beber igual -soltó al oír que removía un montón de cervezas-. La primera siempre sabe bien, aunque esté como caldo...

Paco Herranz sabía que sus paisanos de las mesas cercanas estaban más pendientes de él que de las cartas, así que miró de reojo para ver si les había hecho gracia lo del «caldo», que a él le parecía realmente ingenioso, digno de una persona que,

na. Los jugadores de naipes y los mirones que les animaban de pie con sus gestos seguían la escena de reojo, pensando que no les gustaría estar en el pellejo de su paisano el dueño del café.

Paco, mientras esperaba la segunda cerveza, sacó pecho y mostró las medallas al público, sin mirar a nadie, la vista ensimismada en un punto fijo del techo. Después metió los pulgares entre el pantalón y la camisa azul, ostentando, intimidatoria, la Astra del nueve corto que guardaba detrás de la guerrera negra.

El ambiente se hizo tan tenso que se podría haber cortado con un cuchillo. Los de la mesa del fondo dejaron suavemente las cartas sobre el tapete y se



Patrocina:

Excmo. Ayuntamiento de Cebberos

"Cebberos es lo que se dice un pueblo importante, rodeado de viñedos de verde color manzana y de olivares grises como la luz del invierno"

Camilo José Cela

Plaza de España, 1 - Tel. 91 863 08 28 - Fax 91 863 00 87 - Cebberos (Ávila)